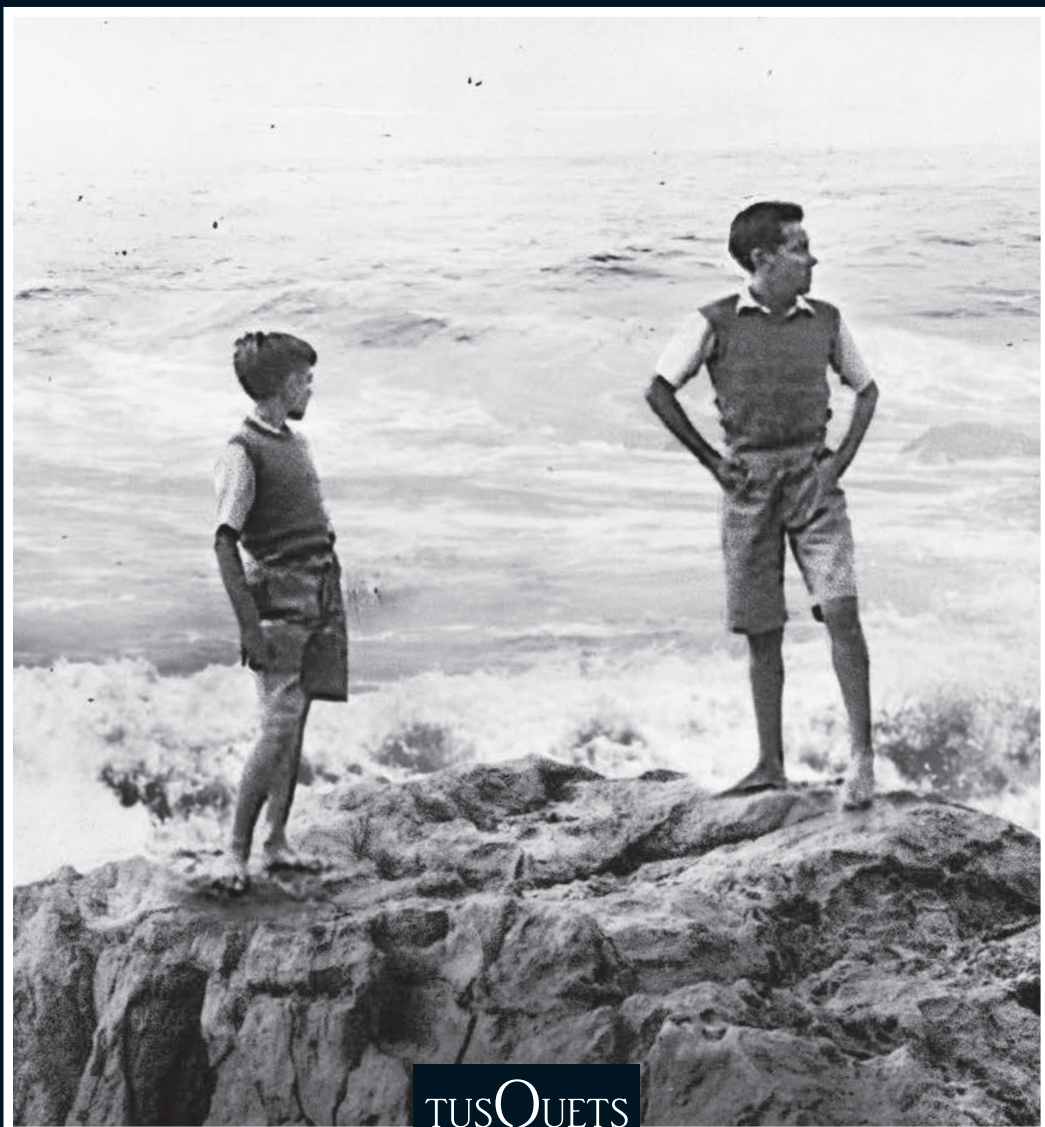


María Bengoa

EL MAR  
DE ARRIGUNAGA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

MARÍA BENGOA LAPATZA-GORTAZAR  
EL MAR DE ARRIGUNAGA

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: noviembre de 2023

© María Bengoa Lapatza-Gortazar, 2023

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-365-3  
Depósito legal: B. 17.031-2023  
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

Preliminar .....	13
Primera parte: Infancia silvestre	
1. Niños .....	19
2. Verano .....	29
3. Colegio .....	37
4. Guerra .....	47
5. Perdedores .....	57
6. Cromos .....	65
7. Gallinas .....	73
8. Escuela de trabajo .....	83
9. Angelines .....	91
Segunda parte: Limando hierro	
10. Coreanos .....	99
11. Casa de Misericordia .....	107
12. Negro oscuro .....	117
13. Imprenta moderna .....	125
14. La vida de la gente .....	133
15. Taller mecánico .....	139
16. Verdes valles .....	147
17. La mar, el mar .....	153
18. Volver .....	161

Tercera parte: Al agua	
19. <i>Mar Rojo</i> . . . . .	173
20. Portátil . . . . .	181
21. Polvo de carbón. . . . .	189
22. Kamayurá. . . . .	195
23. Sala de máquinas. . . . .	203
24. Puertas al Abra. . . . .	211
25. <i>Mar Cantábrico</i> . . . . .	219
26. Desenrolar . . . . .	225
27. Gas. . . . .	233

Cuarta parte: Los años épicos	
28. Viento del oeste. . . . .	243
29. Margarita y Pinín. . . . .	251
30. Walden . . . . .	263
31. Txominbedarra . . . . .	269
32. Muerte . . . . .	277
33. El camino de la estación . . . . .	285
34. Ciegas hormigas. . . . .	293
35. El abrigo . . . . .	301

Epílogo . . . . .	307
-------------------	-----

Tiene nueve años cuando sucede algo que queda grabado en su memoria para siempre. Viven en Bilbao, en el número 17 de la calle Autonomía: él, su hermano pequeño, su madre y un padre que aparece puntualmente a las horas de las comidas. El portal está en un gran patio de manzana en el que hay una fuente. A veces, su madre le encarga tareas que Poteto no hace: ir a buscar al padre al bar, bajar por agua a la fuente... Llena el recipiente de zinc, no del todo, y se esfuerza en subirlo sin derramar agua por la escalera. Al llegar al primero empuja la puerta abierta y recorre el pasillo hasta la cocina sin detenerse. Aunque pesa mucho, no deja que ella coja el cubo; lo agarra con las dos manos. Si cae agua, Margarita G. Buded seca la madera para proteger el parqué. Hoy no ha derramado una gota. Su madre ni ha mirado el suelo, está con el pequeño que nunca sube el agua. Observa cómo besa a su hermano. Muy raramente lo besa a él.

Se oye un grito desde el descansillo: «Ramirííín, Pote-tooooo». Los hermanos bajan a jugar al patio de la fuente. Hoy es jueves, en el colegio Santiago Apóstol las tardes de los jueves y sábados no hay clase. El hijo de los porteros baja saltando por las escaleras desde el último piso. Margarita G. Buded sale al descansillo y les recuerda: «Solo podéis

jugar un ratito, luego vamos al cine». Desde el patio, la ven asomarse a las escaleras y decir: «No salgáis a la calle».

Ramiro mira a su madre asintiendo mientras una lecherita sube al principal, cargada con dos cantimploras. La señora Margarita le dice: «Ayuda a la muchachita». Se avergüenza, no sabe dónde fijar la mirada al observar a la aldeana con un pañuelo anudado en la cabeza, dos trenzas enmarcan su cara y a los lados de una saya enorme se balancean las cacharras de leche. La chica se mueve con la desconfianza de los aldeanos en la ciudad. Tendrá dos o tres años más que él. Le quita las cantimploras con decisión y las sube como hace con el agua, depositándolas en la puerta del principal. Cuando la lechera musita «*Eskerrik asko*», sus miradas se cruzan. Felipe aparece, nadie sabe de dónde, en un rincón del descansillo y lo lanza contra ella; sus labios rozan sin querer el rostro de la aldeanita. Toda la sangre irrumpe en sus mejillas en un instante. Siente los enormes ojos de esa cara de vasca preciosa. Un calor urgente le sube desde el pecho e incendia toda su cara, las orejas le arden. Huye escaleras abajo y se detiene en el portal junto al burro hasta que su respiración se acompasa.

Felipe señala las orejas enrojecidas, ahueca las palmas de las manos bajo el jersey y, simulando unos pechitos, imita los andares de la aldeana. Poteto pregunta: «¿Por qué hace eso?». La portera se asoma desde el último piso: «Felipeeee, la merienda». Felipe hace como que no oye. Cuando la lecherita y el burro se alejan por la acera, dice: «Vamos a jugar a *iturris*».

La segunda vez que la portera grita «Felipeeeee, sube», los hermanos murmuran a coro «Baja tú si quieres», antes de que Felipe repita la frase desafiante, alzando la vista a la ventana de los porteros.

Los jueves por la tarde van siempre al cine con su madre.

En el Trueba, donde el tío Florencio toca el piano cuando dan películas de cine mudo, les dejan colarse sin pagar. Pero hoy van al Salón Vizcaya. Todos los jueves, antes de entrar, su madre compra una carolina para cada niño en la pastelería. La llevan con cuidado para que no se apachurre el merengue. Al empezar la película, sentada entre los dos, la madre permanece absorta mirando la pantalla y cuando acaban la merienda, les da las carolinas. Al hundir la lengua en el merengue, la observa de reojo. Ella no come, solo mira la película. La luz de la pantalla ilumina su boca entreabierta, los pendientes de perla y el rostro embelesado como el de las actrices. Nunca es tan feliz como en el cine: solos entre la gente sin su padre, mirando en la oscuridad las imágenes allí arriba. Si la historia es de amor, como hoy, Margarita G. Buded permanece extasiada: los ojos muy abiertos, resplandeciente, casi se olvida de ellos hasta que la sala oscura se ilumina. Los actores, reunidos para representar aquellas escenas, se desvanecen cuando sobre la última imagen aparece *The End* y el tiempo retrocede al momento anterior al inicio de la película. Hoy, al mirar a su madre cuando ha vuelto el bullicio, ha descubierto sus ojos húmedos. Inclina la cabeza hacia su cuerpo mientras Poteto recoge el abrigo.

Al salir a la calle, roza con un beso fugitivo esa mano que le agarra con fuerza. «¿Qué pasa, hijo?», pregunta ella acariciando su coronilla rizada. Luego abraza a Poteto y le ata el abrigo. Todos llaman así al pequeño porque, cuando nació, él no sabía pronunciar su nombre: Florencio, como el hermano de su madre que toca el piano en el cine. La abuela ríe cuando lo cuenta: «Tú le pusiste el nombre de Poteto con dos años». Él se llama Ramiro, como su padre y aquel pequeño que su madre nombra con veneración, su primer hijo que no llegó a nacer. Su nombre no le pertenece del todo: su padre, aquel niño pequeño como un gatito sin piel.



La gata de la abuela tuvo gatitos, uno nació muerto y su madre se echó a llorar. Entonces lo supo: aquel niño muerto se iba a llamar también Ramiro. Tendrá que hacer algo para ocupar su lugar, para que ese nombre le pertenezca solo a él.

Una tarde lluviosa de octubre de 1932 van a Trueba y Pardo, un nombre que se repite en la familia, la empresa en la que trabaja su padre, donde conoció a su madre. No consigue imaginar a su madre antes de que él naciera. La abuela Consuelo dice con orgullo: «Tu madre fue de las primeras mujeres que trabajaron en una oficina en Bilbao». No puede entender qué hacía su madre en un lugar donde no estaba él, fuera de casa... Pero la abuelita, cuando se lo pregunta, dice: «Pues trabajar: desde los diecisiete años hasta que se casó».

Han merendado chocolate con churros porque es el cumpleaños de Poteto, que ya tiene siete y este curso ha empezado a ir al colegio de mayores con él, a Santiago Apóstol. La abuela ha hecho un poema en su honor, como en las ocasiones especiales. No lo lleva escrito, pero lo recita de memoria. Después, ponen el gramófono y tararean una opereta vienesa. La música vuela por el largo pasillo hasta la cocina. Margarita G. Buded dice: «Pobre mamá, está tan sorda que no puede oír la canción». Él se sienta en su halda y le canta al oído:

Aunque estoy triste deseo cantar,  
llena la copa mi amor sofoca.  
El rico vino tiene que calmar  
el ansia loca de amar... amar.

Y todos corean el estribillo; también la abuela, con los ojos cerrados:

Noche feliz, dulce besar.  
Viena mi cielo encantador,  
Viena ideal... Viena de amoooooor.

Antes de salir, su madre le abraza como si él fuera el pequeño. Caminan hacia el centro, dejan a la abuela en su casa de Hurtado de Amézaga y se dirigen al muelle de Uribitarte: en los números 7 y 9 está Trueba y Pardo. Ha visto muchas veces ese nombre en el membrete de las cartas que su padre guarda en el escritorio. A un lado del cartel, en grandes letras azules, pone S.A. Al otro, hay un dibujo: un yunque y un brazo golpeando un martillo dentro de una gran herradura. El cartel, idéntico al del papel de cartas, es enorme. No imaginaba la empresa tan grande. Sus padres se conocieron en este almacén de importación de coloniales; entonces trabajaban los dos. Se esfuerza en imaginar a su madre mucho más joven, con falda plisada y el pelo largo, como en una fotografía de cuando eran novios, entrando en las oficinas y riendo, igual que una muchacha que cruza ahora la puerta.

En los bajos de Trueba y Pardo, el gran almacén de bacalao e importaciones ultramarinas de garbanzo mexicano, cacao, café..., el género se acumula antes de ser despachado a tiendas de Bilbao, Logroño y Valladolid. Antonio Trueba y Manuel Pardo han abierto sucursales en Barcelona, Sevilla, Málaga y Valencia; pero la casa madre permanece en Bilbao. Los estibadores acarrear carros con bacalao desde enormes vapores atracados en la Ría. El olor a salazón llega a las oficinas donde el ruido de teléfonos, timbres y máquinas de escribir hace difícil mantener una conversación. Margarita G. Buded agarra con fuerza las manos de sus hijos,

atraviesa la planta y, tras subir una escalera, se encuentra con su marido.

Desde una ventana acristalada en lo alto de la nave, Pinilla Soldevilla supervisa la entrada de género, toma nota en grandes libros granates que apoya en un atril. Una bata larga y oscura lo iguala a otros empleados. Nadie lleva aquí ropa de calle y Pinilla Soldevilla no puede lucir el traje del que tan orgulloso está... Un día lo pararon en la Gran Vía: «Caballero, ¿dónde se viste usted? Lo veo pasar cada día y me he atrevido a preguntarle porque no encuentro ropa tan elegante para mi marido». Ramiro observa a un lado de la mesa el maletín de cuero con el que su padre llega a casa y del que saca paquetes de legumbres, azúcar, café y sobres para hacer envíos de muestra. «Siempre tomo el mejor café», presume preparando la sofisticada cafetera exprés italiana y aspirando un aroma que, como el de la pipa, avisa de su presencia en casa, un aroma que aborrece. A Ramiro no le gusta el café, ni el olor a tabaco. No le gusta que su madre saque brillo a la cafetera exprés plateada que el padre prepara mientras explica a las visitas: «Yo solo tomo café Excellence, el mismo que Trueba y Pardo envía al Gran Hotel de Madrid, donde de joven gané un concurso de baile». Y, cuando lo cuenta, extiende un brazo en el aire, da unos pasos agarrando a una pareja imaginaria. El café, la pipa, los pasos de baile... Todo en su padre es apariencia. Viste como un rico sin serlo, su madre plancha y cepilla la ropa con esmero: blanquea las camisas que encarga en la Camisería Inglesa en El Arenal, abrillanta los zapatos... El padre alardea de esos pequeños lujos y se atusa el bigote como Clark Gable. Desde que vivió en Madrid en su juventud alienta su parecido con el actor y hasta lleva pajarita. Es el pequeño de una familia poco realista con muchas mujeres y, además, es muy apuesto. Sus tres hermanas, Elisa, Pilar y Amelia, lo adoran. Cuando su ma-

dre falleció, él era niño y lo mimaron forjando un carácter débil propenso a los aires de grandeza. Desde entonces, espera un futuro que no acaba de llegar, acicalado como si, en efecto, la ocasión de una vida próspera estuviera en cualquier esquina de las calles donde luce su apostura de galán. Algunos años después, lo identificará con el señor Micawber, el padre de *David Copperfield*, su lectura preferida en la adolescencia.

Esta tarde de octubre, Pinilla Soldevilla, incómodo con su bata de sarga, abraza a sus hijos, ni siquiera recuerda el cumpleaños de Poteto hasta que Margarita G. Buded le susurra al oído. El padre aúpa a su hijo pequeño, le tira de las orejas: uno, dos, tres, cuatro..., siete; saca de un estante una caja de muestras redonda que parece de plata y se la da.

Al salir al muelle se separan, Margarita G. Buded regresa a casa para preparar la cena, ellos se dirigen a una juguetería de la calle Correo donde Poteto va a elegir su regalo de cumpleaños. El padre le enseña unos camioncitos rojos de hojalata con puertas diminutas, el remolque de carga se mueve. Pinilla Soldevilla pone dos sobre el mostrador y los hermanos los cogen y hacen carreras en el suelo cada uno con un camión. Después, respondiendo a un gesto del padre, una empleada envuelve los camioncitos en papel de seda y entrega el paquete al pequeño mientras Pinilla Soldevilla habla con el dueño del establecimiento sobre el cumpleaños de su hijo, el comercio... Le da una tarjeta de visita de Trueba y Pardo, que el atildado anciano con monóculo se queda mirando. Al despedirlos, dice al cajero: «Cobre un camioncito al señor, cinco pesetas». El padre y Poteto se miran, el niño abraza su regalo, Pinilla Soldevilla deposita un duro en la caja. Cuando atraviesan la puerta, Ramiro mira fijamente al señor del monóculo y dice con voz estridente: «Han sido dos, dos camioncitos».

Camino de casa, su padre y su hermano repiten: «Dos. Han sido dos, dos camioncitos», cada vez con tono más ridículo: «Dos. Han sido dos. Han sido dos», y cuanto más lo repiten, más se ríen. Le explican que podían haber pagado la mitad. Él, serio, dice: «No, no y no». «Ahora irá a contárselo a su madre», susurra el padre acercándose a Poteto. Él recuerda entre lágrimas el intercambio de miradas del hombre del monóculo con su padre cuando ha ido a pagar el camión que faltaba.

En casa, los hermanos enseñan los juguetes a su madre y Poteto muestra triunfante la caja plateada con las letras de Trueba y Pardo en relieve. Es el objeto preferido por los hermanos entre los numerosos artículos habituales en el domicilio familiar: abrecartas, lápices, sacapuntas, sobres, papel de escritorio, saquitos de muestra, grapadoras y máquinas de escribir desechadas que aún están en buen uso y su padre vende. Todo lo guarda ordenado en el armario del comedor con puertas de vitrina. Las máquinas abajo, los objetos pequeños, arriba. Solo hay una caja igual que la de Poteto en el estante más alto para enviar muestras de café muy especial. Subido a una silla, comprueba que es idéntica al regalo de su hermano y vuelve a dejarla en su sitio. A él también le gustaría tener una para cambiar cromos en el patio del colegio. Pero lo que más desea es una máquina de escribir. Le gusta la letra impresa, el olor a tinta, el ruido de la máquina. Pulsa varias teclas sin moverla del estante. Finalmente, coge la pesada Underwood y la pone sobre la mesa. Consigue meter una cuartilla en el carro.

Su padre se ha quedado en el bar con un contratista. Al llegar a casa, lo descubre escribiendo a máquina R.P., R.P., una y otra vez; casi ha llenado una página y la mira orgulloso. «Pero ¿qué es esto?», dice Pinilla Soldevilla sacando violentamente la hoja del carro: «Las máquinas de escribir no

son para jugar». Devuelve la Underwood al armario, cierra las puertas con llave y se va al despacho.

Apoya la cabeza entre los brazos en el lugar donde estaba la máquina de escribir, se balancea adelante y atrás mientras su mente dibuja sus iniciales a gran tamaño. Ahora añade el apellido de su madre, G.B. de Buded, que procede de Ballobar, Huesca, como la familia de la abuela. Una música dulce llega de la cocina, donde su madre escucha la radio. La melodía lo arrulla. Tiene tiempo para pensar: solo, tranquilo, mientras en la franja de luz del mirador anochece. Su padre y su hermano están en el despacho. Imagina que es mayor y llega a casa desde un lejano país extranjero, tal vez de América. Ha hecho algo importante, no sabe exactamente qué. Lo han dicho por la radio. Es capitán de un mercante, explorador en África, como un personaje de *El Aventurero*; o un héroe del cine que salva a inocentes del peligro. Todos lo reciben con admiración. Siente la mirada de su madre, el asombro de su padre, la aprobación de su hermano. La aldeanita que lleva la leche al principal le sonrío. Se mece al ritmo de la música, vuelve el sueño de volar que se repite cada noche; planea sobre las casas y los árboles. El viento acaricia su piel... Extiende los brazos y vuela muy por encima de las cabezas de la gente. No pueden verlo. Es él, pero su cuerpo, ligero y poderoso, corta el aire como un águila o un halcón. Al abandonar la casa y atravesar los cristales negros del mirador, apenas se posa en el alero del edificio de enfrente. Va dejando atrás las calles, el patio del colegio, que, desde esa altura, parece un mosaico. Los niños y los frailes lo ven alejarse, pero no saben que es él. Contempla la

ciudad de juguete, la gente muy pequeña allí abajo. Sabe hacia dónde se dirige. Se adentra en el bosque, se posa en un árbol y otro tocándolos apenas. Desde una rama alta, balanceando el aire, siente la fragancia del salitre que anuncia la playa, el verano, la proximidad de su amigo Juanito.

Una leve sacudida en el hombro y la voz de su madre lo despiertan: «Ramirín, a cenar».